

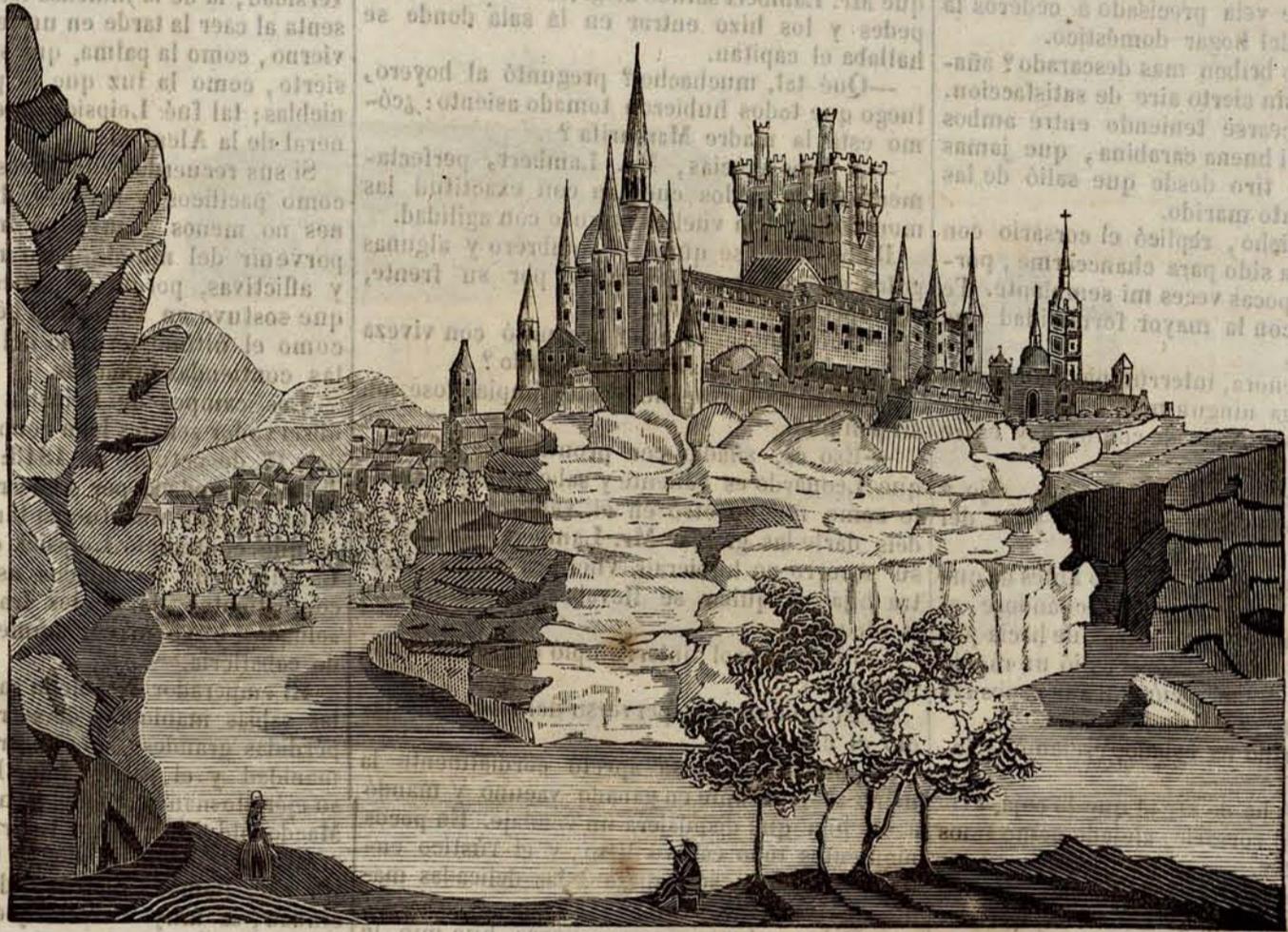
# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORRESCO DE LITERATURA.

NUM. 70.

MADRID 9 DE MARZO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



### EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

#### FUEN SANTA.

#### LA CAZA DE LOBOS.—CONTINUACION.

Este magnífico monumento, digno de ser visitado y estudiado, carece absolutamente de historia. Los que han escrito á cerca de las bellezas de Segovia, se olvidan de su regio alcázar, ó se limitan á citarlo por pura cortesania. Lo único que de él puede sacarse examinándolo con detención, es ser muy antiguo, según lo atestiguan diferentes inscripciones, y las obras que se observan según el gusto arquitectónico del siglo X. Posteriormente ha sido reparado siguiendo los órdenes de arquitectura dórico ó toscano; pero estas partes del edificio sientan muy mal con la severidad de las antiguas obras y no corresponden á un monumento cuya única historia se halla escrita en sus murallas.

Las reparaciones principales se hicieron en los siglos XVI y XVII y comprenden la escalera principal y el patio mayor: este último es obra de Felipe II. En un salon de este alcázar, además de las estatuas de todos los reyes de España desde don Fruela I hasta la reina doña Juana, se ven la del Cid Campeador y la del célebre Fernan-Gonzalez, primer conde de Castilla.

La *Quadra*, que hoy se llama *Pabellon*, fué mandada construir por el rey don Felipe IV, y se concluyó el año de 1456 y fué obrada por el maestro Alcalde. En la sala llamada de la *Galería* hay dos, una de las cuales la mandó hacer la reina doña Catalina á Diego Fernandez, Vecero de Arévalo, y se concluyó en 1412: Felipe II la reparó.

Desde 1764 el alcázar fué cedido al gobierno por su propietario el señor conde de Chinchon, y se destinó para colegio de caballeros cadetes de artillería, y de su recinto han salido los oficiales que mas honran nuestras armas. En 1818

S. M. el señor don Fernando VII, su augusta esposa y los Smos. Sres. infantes de España se hospedaron en los salones del alcázar. Una inscripción que se encuentra en la sala de la *Galería* acredita este suceso.

Al oír la súbita interrupción con que termina el anterior capítulo, ambos campeones retrocedieron un paso, se apoyaron sobre sus garrotes, y consideraron con atención al ente singular que acababa de mandarles con voz ágría é imperiosa suspender el combate. Este extraño personaje montaba una jaca negra, cuya musculatura anunciaba agilidad y vigor. Existía en el traje del ginete, en sus bruscos y rápidos movimientos, en la espresion de sus facciones una cosa que imponía por su misma singularidad. Cubría su cabeza un sombrero castoreño, alto de copa y ancho de alas cayéndole al redor de la cara largos, negros y encrespados cabellos. Su rostro era enjuto, severo, muy moreno y animado por dos ojuelos negros de una movilidad excesiva. Una chaqueta de paño, en otro tiempo verde, ceñida á la cintura, y una falda de la misma tela le caía hasta un poco mas abajo de la rodilla, que permitian ver un par de botas barnizadas armadas con espuelas de plata. Dos correas estrechas se cruzaban en

su pecho. La una suspendía los abíos de caza y la otra una hermosa carabina. En menos tiempo que el que hemos empleado en trazar este lijerobosquejo, el boyero reconoció en él un antiguo conocimiento.

—Hola, sois vos? Buenas noches señora Lobatera.

—Buenas noches, Leonardo, muy buenas amigo mio, respondió la lobatera dulcificando el metal de su voz. Pero qué demonios haces aquí? Qué significan esos garrotes, esa jóven del vestido blanco, y ese hombre del sombrero galoneado?

—Esta jóven respondió el honrrado boyero rascándose la cabeza es... para lo que gustéis, señora lobatera, esta jóven es mi prometida Isabel.

—De veras? replicó el marimacho recobrando el metal discordante de su voz. En verdad que la hora es muy propósito para andar por los bosques y abandonar la rueca.

—Retiraos, jóven, é id á anunciar mi venida á vuestro padre.

—No tal! exclamó de repente el corsario adelantándose para impedir la partida de Isabel: no tal! No consentiré nunca que asi se me arrebaté mi presa... Vamos, boyero si eres hombre, ayúdame á alejar el caballo de esa loca á fin de que podamos terminar nuestra querrela, aunque mas te valiera seguir tu camino en vez de esponerte á sacar rota la cabeza... Porque no te acercas. Temes acaso que esa muger te arañe? Aun cuan? do calce botas no pasa de una marica.

—Una marica! exclamó la lobatera enfurecida. Y con la celeridad del relámpago descolgó su carabina, la montó y se la echó á la cara con la soltura que dá un largo hábito, y mantenien-

LEIPSICK.

El corazon se dilata y el alma se transporta á un delicioso porvenir cuando el viajero llega á la patria del inmortal Leibnitz, el rival del gran Newton y el autor del cálculo diferencial é integral, la base de todos los adelantamientos modernos.

Leipsick, la ciudad sabia, la de la gran Universidad, la de la inmensa feria de libros se presenta al caer la tarde en un templado dia del invierno, como la palma, que sobresale en el desierto, como la luz que se presenta en las tinieblas; tal fué Leipsick antes del progreso general de la Alemania.

Si sus recuerdos científicos son tan gloriosos como pacíficos y serenos, hay otras tradiciones no menos grandes é importantes para el porvenir del mundo, pero mucho mas tristes y aflictivas, porque se refieren á las guerras, que sostuvo en Europa el genio de Napoleon, como el último término del cuadro terrible de las contiendas humanas.

Los campos de Leipsick ofrecen al curioso observador señales bien conocidas de la batalla del 17 de octubre de 1813: desde la accion de Tours, mandada por Abderramin, no se habia visto reunida una fuerza tan numerosa como la que contempló Leipsick en este aciago dia. La fuerza de los aliados ascendia á 330,000 combatientes, la de los franceses á 175,000 soldados, cuyo mayor número eran del arma de caballeria.

El emperador Napoleon salvó su ejército por las sabias maniobras de su retirada, pero tuvo pérdidas grandes, que lloraran siempre la humanidad y el patriotismo. La retaguardia de su ejército mandada por el príncipe Poniatowski, Macdonald, Regnier y Lauriston estaba en los arrabales, cuando los aliados tomaban la ciudad. Un rio, llamado Elster, rodea enteramente la ciudad, es muy estrecho y está muy encajonado entre diversos peñascos: las lluvias habian aumentado su corriente, el puente estaba cortado y la retaguardia no tenia otra retirada. El general Macdonald lo pasó á nado, Regnier, Lauriston fueron hechos prisioneros, y Poniatowski, menos feliz, no pudo alcanzar la orilla opuesta y su cuerpo pálido y muerto cayó revuelto con su caballo en las aguas.

REVISTA DE TEATROS.

El jueves 23 vuelve á abrirse el teatro del Liceo. Se ejecutará EL PILLUELO DE PARIS para la salida del señor Ojeda, jóven de corta edad que desempeñará el papel de José. Tambien en dicha noche se estrenará una pieza imitada de una ópera francesa por don Juan del Peral, cuyo titulo es LOS DOS LADRONES. Es muy linda, y el papel del protagonista está confiado al señor de Vega.



TEATROS.

CRUZ.

A las siete de la noche. Sinfonia en la ópera Guglielmo Tell, á toda orquesta.

DE UN APURO OTRO MAYOR.

Comedia nueva, original en dos actos y en verso, desempeñada por la Sra. Lamadrid y por los Sres. Galtanazor (D. Vicente), Lopez, Lumbreras, Pizarroso y Azcona.

No pudiendo ejecutarse la inglesa por indisposicion de una bailarina, se tocará la sinfonia de la ópera Gabriella di Vergi, del maestro don Manuel Ducassi.

SOFRONIA.

Trajedia nueva, original, en un acto y en verso, desempeñada por la señora Lamadrid, y por los señores Latorre Lumbreras y Pizarroso. Intermedio de baile.

EL PUNAL DEL GODO.

Drama nuevo, orijinal, en un acto y en verso, desempeñado por los señores Latorre, Lumbreras, Pizarroso y Lopez.

PRINCIPE.

A las siete de la noche. 1.º Sinfonia. 2.º Se pondrá en escena el muy aplaudido drama, en cinco actos,

francés por don Mariano José de Larra, titulado

EL ARTE DE CONSPIRAR.

escarnado del modo que su argumento requiere.

CIRCO.

No hay funcion.

MADRID: IMPRENTA DE BOIX.

do la direccion del cañon fija hácia la cabeza del pirata, continuó con tono de perfecta tranquilidad.

—Si das un solo paso, bergante, te abro la cabeza ni mas ni menos que si fueras un lobo. Tus palabras me han hecho adivinar el objeto de la pelea. Ah! ah! el zorro ha sido cojido en el lazo!... Isabel, id á decir á vuestros hermanos que descuelguen sus escopetas... Una marica!... Sabes, sucio pajarraco de la mar, que mi difunto marido lobatero del departamento y cuyo destino he heredado, no se hubiera nunca atrevido á decirme otro tanto?

—Lo creo, respondió el corsario, por que he oido decir que tenia menos barbas que vos en el rostro y que se veia precisado á cederos la barra del timon del hogar doméstico.

—Habrás visto bribon mas descarado? añadió la lobatera no sin cierto aire de satisfaccion. Se atreve á chancearse teniendo entre ambos ojos el cañon de mi buena carabina, que jamas ha errado un solo tiro desde que salió de las manos de mi difunto marido.

—Lo que he dicho, replicó el corsario con tono severo, no ha sido para chancearme, porque la risa anima pocas veces mi semblante. Te advierto, pues, con la mayor formalidad que me dejes pasar....

—Dejadle ir, señora, interrumpió Isabel: con tal que no nos haga ningun mal, nosotros tampoco se lo deseamos. Nada de comun hay entre nosotros.

—Dejadle marchar, señora lobatera, dijo á su vez el boyero: que se vaya, y la del humo!....

La lobatera iba á responder, pero antes de que pronunciara una palabra, aprovechándose el corsario del movimiento de cabeza que hacia para mirar á los dos interlocutores, dió un rápido salto hácia atras y desapareció entre la espesura de las malezas que rodeaban la fuente.

—El pájaro marino ha volado, exclamó la lobatera.

—Y muy astuto ha de ser el que lo coja, gritó con voz fuerte el corsario, alejado como unos cien pasos al parecer.

—Ganas me dan de tirarle al tiento, replicó la amazona. Es decir, amigo Leonardo, que desearia enviarle una bala siguiendo la direccion en que supongo se encuentra la caza, pero este método rara vez se pone en práctica por los buenos cazadores: sucede con frecuencia que se gasta la pólvora en salva, y ademas las balas rara vez tienen la vista clara de noche, escepto en las llanuras, y luego que conviene guardar la carga para una ocasion importante. Pero calla! aun se oyen los ahullidos de ese lobo montaraz.

—Isabel! gritó el corsario, cuya voz se iba perdiendo en lontananza con el último silbido de la ráfaga: jóven insensata! di á tu padre que la mañea va á subir tempestuosa y terrible para él y que la tromba de la desgracia va á destruir su existencia. No ha querido que seas mia: tú has desdenado los consejos del práctico que queria conducirte á buen puerto! ambos habeis desdenado navegar en mis aguas: á Dios, pues! y recibir ambos la maldicion de un hombre!....

Habia en estos acentos, lanzados entre la soledad del valle, una cosa tan siniestra; la luna que se habia ocultado detras de las nubes, añadia por su incierto reflejo una proyeccion tan austera á las gigantescas sombras de los árboles, que los tres oyentes no pudieron menos de estremecerse al oír las últimas palabras de aquella

amenaza vaga y estraña. Permanecieron por algunos instantes inmóviles y silenciosos; pero no oyendo por último otra cosa que las lejanas pisadas del corsario, se apartaron de la fuente entrando en el cercado.

Al llegar al patio Isabel conmovida aun á consecuencia de los sucesos que acaba de representarse, tuvo un triste presentimiento al descubrir á su padre que se acercaba con una luz para reconocer á sus nuevos huéspedes. Aquella vacilante luz esparcia una fúnebre claridad en el pálido rostro del labrador: la jóven se estremeció. Le pareció que la maldicion del corsario empezaba á cumplirse. Pero esta preocupacion melancólica fue de corta duracion, porque Mr. Lambert saludó alegremente á los huéspedes y los hizo entrar en la sala donde se hallaba el capitan.

—Qué tal, muchacho? preguntó al boyero, luego que todos hubieron tomado asiento: ¿cómo está la madre Margarita?

—A Dios gracias, Mr. Lambert, perfectamente: sus dedos cuentan con exactitud las monedas, y dan vueltas al huso con agilidad.

Dicho esto, se quitó el sombrero y algunas gotas de sangre se deslizaron por su frente, sin apocibirse de ello.

—Qué sangre es esa? preguntó con viveza el granjero. Estas herido Leonardo?

—No es nada respondió éste limpiandose con su pañuelo.

—Eso es, añadió con prontitud la lobatera, que Leonardo es valiente y sabe manejar el palo como ningun otro en el valle.... Bien puede darle las gracias Mr. Lambert, porque sin su socorro no hubierais vuelto á ver á vuestra hija, á quien se llevaba un corsario de Bouleque...

—Juan Cavarol! interrumpió el granjero palideciendo.

—El bandido mas perverso del tiburón! añadió el capitan.

El amo de la casa apretó cordialmente la mano al traficante en ganado vacuno y mandó á su hija que dispusiera un vendaje. En pocos momentos todo estuvo listo, y el rústico entregó sonriendo su cabeza á las delicadas manos de Isabel.

—Dala un beso en recompensa, hijo mio, le dijo el granjero luego que estuvo vendada la herida. Bésala pues, que bien lo mereces.

Un rayo de felicidad brilló en los ojos azules de Leonardo; pero no se atrevió á moverse limitándose á enroscar entre sus dedos las anchas alas de su sombrero. Sin embargo, Isabel le presentó con tan buena voluntad y donaire su mejilla fresca y sonrosada, que al fin osó depositar en ella un beso que produjo tanto ruido como el vuelo de una mosca.

—Sea en buen hora! exclamó el granjero. Un hombre que no teme arriesgar su vida para libertar á una amiga, no debe tener miedo de los ojos tiernos de una jóven. Ahora, señores, bastantes camas hay para todos en Fuen-Santa, y si otra cosa no disponeis, iremos á disfrutarla para que una buena noche sea precursora del buen dia que nos espera.

Tomáronse algunos refrigerios, y á poco cada cual fueron á ocupar el cuarto que les estaba destinado.—

(Continuará.)